

Democracia y autoritarismo bajo la dominación neoliberal

DOLORES MARCOS Y MARIANO TERRAF

(UNT)¹

Resumen

Los términos democracia y autoritarismo se han mostrado conceptual e históricamente como dicotómicos y excluyentes. Sin embargo, en las prácticas de nuestras democracias se entrecruzan con más frecuencia de lo esperado. Resulta habitual comprobar la convivencia de una organización democrática formal y la práctica de modos de hacer política asociados con el autoritarismo, así como enclaves de culturas políticas donde los valores propios de la democracia han logrado un escaso arraigo. Estas oscilaciones y solapamientos entre instituciones formalmente democráticas y prácticas autoritarias parecen hoy inclinarse cada vez con mayor fuerza hacia la configuración de una vida social signada por un marcado retroceso en la vigencia de los derechos ciudadanos y, lo que es quizás aún más preocupante, una deslegitimación de esos derechos como la marca propia de la ciudadanía democrática.

En la actualidad no es preciso esperar que las democracias sean interrumpidas por golpes de Estado que inauguren regímenes dictatoriales. Los peligros de nuestras democracias se encuentran en ellas mismas, en las fuerzas antidemocráticas que han colonizado sus instituciones hasta hacer de ellas una cáscara vacía, cuyo funcionamiento beneficia a las élites que las han conquistado. Consideramos que el autoritarismo en la actualidad es consecuencia de la racionalidad neoliberal que domina los vínculos y configura los sujetos.

En las páginas que siguen se mostrará que la amenaza autoritaria del presente remite a la precariedad que atraviesa la vida individual y colectiva de nuestras sociedades en el marco de la dominación neoliberal. Luego de un recorrido por los modos en que la relación entre libertades y derechos se fueron significando a lo largo de estos 40 años de vida democrática en el país, se tematizará el modo en que expresiones asociadas al autoritarismo la amenazan haciendo uso de sus mismas reglas.

¹ Dolores Marcos es doctora en Filosofía, profesora a cargo Cátedra Filosofía Social y Política/Pensamiento Filosófico de la Universidad Nacional de Tucumán/ Co-directora PIUNT H -710 "La ciudadanía ante los desafíos de la antipolítica". Mariano Terraf es licenciado en Filosofía. Programa Iniciación a la Docencia en la Cátedra Filosofía Social y Política UNT. Miembro del PIUNT H -710 "La ciudadanía ante los desafíos de la antipolítica".

Se mostrará que las condiciones que hacen posible la emergencia de discursos y prácticas antidemocráticas se vinculan con la diseminación de la racionalidad neoliberal que impregna todos los ámbitos de la vida social y favorece el retroceso de principios igualitarios y de una ciudadanía entendida en términos de derechos. Asimismo, se describe el modo en que la subjetivación abierta por el uso de redes sociales favorece la configuración de un sujeto predispuesto a dejarse seducir por discursos antidemocráticos. Por último, se propone una reflexión acerca de la necesidad de hacer uso de prácticas colectivas para enfrentar las amenazas del neoliberalismo autoritario.

Palabras clave: Democracia. Autoritarismo. Neoliberalismo.

Abstract

The concepts of democracy and authoritarianism have historically been viewed as dichotomous and mutually exclusive. However, in the exercise of our democracies, they converge more frequently than expected. The coexistence of formal democratic institutions with authoritarian ways of political behavior is usually seen, as well as spots of political cultures where democratic values have gained little ground. These oscillations and overlaps between formally democratic institutions and authoritarian practices seem to be increasingly leaning towards a social life marked by a significant decline in the validity of citizens' rights and, perhaps even more concerning, a delegitimization of those rights as the hallmark of democratic citizenship.

Currently, there is no need to wait for democracies to be interrupted by coups that inaugurate dictatorial regimes, because the dangers to our democracies lie within themselves, in the antidemocratic forces that have colonized their institutions, turning them into an empty shell, which operation benefits the elites that have conquered it. We believe that today's authoritarianism is a consequence of the neoliberal rationality that dominates social connections and shapes individuals.

The following pages will show that today's authoritarian threat refers to the precarity that breaks through the individual and collective life of our societies within neoliberal domination. After exploring the ways in which the relationship between civil liberties and rights have evolved over the past 40 years of democratic life in Argentina, the discussion will focus on how expressions associated with authoritarianism threaten it by using its own rules. It will be demonstrated that the conditions that enable the emergence of antidemocratic speeches and practices are linked to the dissemination of neoliberal rationality that permeates all areas of social life and promotes the regression of egalitarian principles and a citizenship understood in terms of rights. Additionally, the way in which the subjectivity, that has been created by the use social networks, favors the configuration of a predisposed subject susceptible to be seduced by antidemocratic speeches will be described. Finally, the importance of collective actions to confront the threats of authoritarian neoliberalism will be proposed.

Keywords: Democracy. Authoritarianism. Neoliberalism.

Introducción

La lección principal del pensamiento político posfundacional es asumir la contingencia sobre la que se monta todo orden político y social. No hay dios, ni naturaleza, ni contrato que sostenga de manera duradera las bases sobre las cuales se organizan las relaciones de poder. Ni los regímenes déspotas ni los más republicanos gozan del privilegio de las garantías. Ni la razón ni la convención son capaces de anclar sus pretensiones de perdurabilidad. Es por eso que la democracia siempre corre peligro. Su vigencia, su fortaleza, su amplitud dependen de la vigilancia atenta de una ciudadanía comprometida con sus principios.

La democracia no es asunto de la dirigencia ni el resultado de leyes históricas necesarias. Es una conquista de los pueblos. En el contexto de la historia de nuestro país, este imperativo se vuelve quizás más fuerte, dado que sabemos que el orden democrático puede ser debilitado, resquebrajado y hasta violentado. La experiencia nos ha enseñado trágicamente que el sistema democrático es una conquista social, y que, si bien hoy se presenta como el único horizonte legítimo posible, es necesario protegerlo y dotarlo de sentido a fin de sostenerlo.

Hace varios años, y a propósito del fenómeno del bussismo como fuerza política en Tucumán en el período democrático, se propuso una reflexión acerca de las relaciones entre democracia y autoritarismo en nuestras sociedades.² Términos que conceptual e históricamente se han mostrado como dicotómicos y excluyentes, en las prácticas de nuestras democracias se entrecruzan con más frecuencia de lo esperado. Por el contrario, resulta habitual la convivencia de una organización democrática formal y la práctica de modos de hacer política asociados con el autoritarismo, así como enclaves de culturas políticas donde los valores propios de la democracia han logrado un

² El genocida Antonio Bussi, quien estuvo al frente de la represión del terrorismo de Estado en la provincia de Tucumán entre 1976 y 1977, formó su propio partido y ganó las elecciones a gobernador en 1995. Las razones por las cuales este ícono de la dictadura fue elegido en el marco de las reglas democráticas fue objeto de una investigación publicada en el libro Marcos, Dolores, *Asedio a la democracia. Perfiles del autoritarismo en el Noroeste Argentino*, Facultad de Filosofía y Letras UNT, San Miguel de Tucumán, 2006

escaso arraigo. Estas oscilaciones y solapamientos entre instituciones formalmente democráticas y prácticas autoritarias parecen hoy inclinarse, cada vez con mayor fuerza, hacia la configuración de una vida social signada por un marcado retroceso en la vigencia de los derechos ciudadanos y, lo que es quizás aún más preocupante, una deslegitimación de esos derechos como la marca propia de la ciudadanía democrática.

En la actualidad no es preciso esperar que las democracias sean interrumpidas por golpes de estado que inauguren regímenes dictatoriales. Los peligros de nuestras democracias se encuentran en su interior, en las fuerzas antidemocráticas que han colonizado sus instituciones hasta hacer de ellas una cáscara vacía, cuyo funcionamiento beneficia a las élites que las han conquistado. Vale decir que el autoritarismo que amenaza nuestro presente no hay que buscarlo por fuera de las coordenadas que organizan nuestra vida en común, sino en su interior, en el modo en que cotidianamente somos gobernados.

En las páginas que siguen se mostrará que la amenaza autoritaria del presente remite a la precariedad que atraviesa la vida individual y colectiva de nuestras sociedades en el marco de la dominación neoliberal. Luego de un recorrido por los modos en que la relación entre libertades y derechos se fueron significando a lo largo de estos 40 años de vida democrática en el país, se tematizará el modo en que expresiones asociadas al autoritarismo la amenazan haciendo uso de sus mismas reglas. Se mostrará que las condiciones que hacen posible la emergencia de discursos y prácticas antidemocráticas se vinculan con la diseminación de una racionalidad neoliberal, que impregna todos los ámbitos de la vida social y favorece el retroceso de principios igualitarios y de una ciudadanía entendida en términos de derechos. Asimismo, se describe el modo en que la subjetivación abierta por el uso de redes sociales favorece la configuración de un sujeto predispuesto a dejarse seducir por discursos antidemocráticos. Por último, se propone una reflexión acerca de la necesidad de hacer uso de prácticas colectivas para enfrentar las amenazas del neoliberalismo autoritario.

Mutaciones de la democracia en Argentina

Cuando finalizaba la terrible dictadura que se había instalado en la Argentina entre 1976 y 1983, los aires democráticos que comenzaban a cruzar el país de norte a sur dibujaban en las mentes de los argentinos la esperanza de un régimen que permitiría dejar atrás los horrores vividos durante el período dictatorial y acceder al bienestar tantas veces postergado. El discurso proselitista del Dr. Alfonsín en el cual afirmaba que “con la democracia se come, se cura y se educa”, reflejaba el anhelo de una población que había sufrido, como nunca antes en la historia, la represión política y el deterioro económico. Desde el punto de vista político, el miedo y el terror instaurados desde el poder dictatorial habían provocado el repliegue a la vida privada y toda actividad pública quedó relegada por considerársela peligrosa.

A partir del declive de la dictadura, y durante los primeros años de la recuperación democrática, ese repliegue se trocó en la enorme efervescencia que resurgió en la sociedad una vez que se instaló la posibilidad cierta de participación. La sociedad se movilizó a través de los partidos políticos tradicionales y a través de diversas manifestaciones en el espacio público, recuperando así una dimensión fundamental de la vida humana como es la condición ciudadana. A esta primera etapa de la recuperación democrática le corresponde, según Rinesi, la imagen de la democracia como utopía o como el puerto seguro que permitiría garantizar las libertades luego de años de crueles sometimientos.³ La sociedad se propuso llegar a ese refugio construyendo instituciones representativas parecidas a las de los países del norte democrático y reemplazando, paulatinamente, una cultura política inclinada a resolver sus diferencias por vías de la imposición, en comportamientos más afines a la tolerancia y el pluralismo. Alzamientos militares, amenazas, autoacuartelamientos policiales, más una economía debilitada por la herencia de una deuda externa monumental, mostraron, a poco de andar, cuán difícil sería ese camino hacia el fortalecimiento de la vida democrática.

³ RINESI, E, “De la democracia a la democratización: notas para una agenda de discusión filosófico-política sobre los cambios en la Argentina actual. A tres décadas de 1983”, *Debates y Combates*, Año 3, N° 5.

La crisis desatada por la hiperinflación y el desconcierto respecto de las posibilidades de mejorar las condiciones de vida crearon una situación de gran inestabilidad e incertidumbre, que dio pie al segundo momento en la travesía democrática de nuestro país, en el cual la democracia fue asumida como una rutina.⁴ Por esos años, y bajo las presidencias de Menem y De la Rúa, se asistió al desgace del Estado, bajo un discurso proveniente del neoliberalismo más ortodoxo. El mercado pasó a ser el regulador de la vida social, y trajo como consecuencia el empobrecimiento y la exclusión de gran parte de la población. Simultáneamente, en estos mismos años, se sostuvo un discurso y una práctica democrática acorde con el ideario neoliberal, reducida a su versión minimalista como mera selección de gobernantes, con escasas referencias a ampliaciones de derechos o a la inclusión de la ciudadanía en la construcción política. La retracción a la esfera privada, fruto del desánimo respecto de condiciones de vida cada vez más precarias, en un entorno amenazante en términos de agudización de las condiciones de pobreza y desocupación fue la marca de la cotidianeidad en este imperio del modelo neoliberal de los años 1990. No dejaron de producirse, sin embargo, manifestaciones y reclamos de variados colectivos organizados, desde sindicatos hasta las nacientes organizaciones piqueteras.

Sin duda fueron estos reductos de resistencia los que motorizaron las escenas que atravesaron diciembre de 2001 como el momento de quiebre entre un orden insostenible y un horizonte imprevisible. El límite del modelo de exclusión encontró a la gente en la calle, desencantada con la dirigencia y las instituciones, tomando en sus manos la deliberación para buscar otros rumbos. La democracia como espasmo, como espontaneidad, como asamblea permanente tomó las calles, las fábricas, los barrios. Una recuperación de la voz pública y de la imaginación política recorrió el país para reponer la participación en el *ágora* que se había dejado por más de una década en manos de los tecnócratas.

Como todo espasmo, encontró pronto su declive. En las elecciones de 2003, un candidato poco conocido venido de una provincia remota llegó a la

⁴ Íbidem, p.22

presidencia con el 22,25% de los votos.⁵ Se inaugura con Nestor Kirchner otro momento de la democracia argentina que, con Rinesi, entendemos como de democratización.⁶ Una comprensión de este modo de gestionar la vida en común que, más que proponerse llegar a un puerto, se entiende como el camino siempre incompleto del acceso a más y mejores derechos ciudadanos. En efecto, durante las presidencias de los Kirchner se avanzó en la garantía del acceso a bienes materiales y simbólicos de diversos sectores sociales e identitarios. Un proceso interrumpido en 2015 con el acceso al gobierno de la Alianza Cambiemos, quien reinsertó la perspectiva meritocrática, frenando el proceso democratizador. El discurso de los derechos se reemplazó por el de los méritos, desdibujando la base igualitaria de la democracia. Si bien con el gobierno del Frente de Todos a partir de 2019 se intentó tímidamente recuperar algunos ejes de la democracia como acceso a derechos, la impronta y los condicionamientos de la matriz neoliberal no han logrado ser desactivadas.

Este recorrido por las diferentes etapas de la democracia en relación a las demandas de libertad y derechos no estuvo exento de amenazas provenientes de discursos, líderes y fuerzas políticas emparentadas con diversos perfiles del autoritarismo. De hecho, puede afirmarse que, en los momentos de ampliación y avance de derechos, esas expresiones fueron más marginales que en los años en que imperó el neoliberalismo de manera más cruda. En lo que sigue, intentaremos dar cuenta de los modos en que diversas manifestaciones del autoritarismo han permeado la vida democrática, en forma de expresiones políticas explícitas, en el modo de valores presentes en la cultura política o a la manera de manifestaciones de la antipolítica congruentes con el avance de la lógica neoliberal sobre las prácticas de la democracia.

⁵ En las elecciones presidenciales de 2003, el peronismo llegó dividido. En primera vuelta el candidato Carlos Menem obtuvo el 24,45% de los votos y Néstor Kirchner el 22,25. Se debía disputar una segunda vuelta, pero Menem se negó a participar, por lo cual fue proclamada la fórmula Kirchner-Scioli.

⁶ Ibidem, p.24

Expresiones autoritarias

Nos encontramos hoy rodeados de proclamas negacionistas respecto de la dictadura genocida, de discursos de odio que instan a la violencia, de persecuciones a colectivos que demandan derechos, de afirmaciones que desestiman la reivindicación de los derechos ciudadanos y de la igualdad democrática. En 2022 fuimos testigos de un intento de magnicidio cuyos autores intelectuales permanecen hasta el día de hoy en la penumbra.

Debimos convivir pocos años atrás con censuras sobre dichos y escritos, encarcelamientos sin debido proceso de líderes opositores, ejecuciones ilegales por parte de fuerzas de seguridad, represión violenta de manifestaciones pacíficas, ataques verbales y físicos a líderes populares. Todas estas acciones vulneran de manera flagrante aquellos derechos básicos que desde siempre han parecido tan insuficientes como indispensables para la construcción democrática. Parece claro que la democracia argentina no ha podido desarrollar anticuerpos contra el autoritarismo que usa de ella para adueñarse de espacios de poder, jugando con sus mismas reglas.

Las fuerzas antidemocráticas en la actualidad parecerían no estar asociadas necesariamente con el pasado militar y dictatorial. Responden más bien a la configuración de una racionalidad política neoliberal, sentada sobre la reivindicación de la desigualdad y la competencia.⁷ Sin embargo, tampoco se ven tan alejadas estas dos expresiones del autoritarismo. Baste recordar que las primeras políticas neoliberales fueron implementadas en América Latina, más específicamente en Chile y en Argentina, bajo el gobierno dictatorial y genocida de ambos países, que se propuso llevar adelante un cambio en la matriz productiva y redistributiva a favor de capitales concentrados. En otras latitudes, la represión a la clase obrera organizada, el ajuste estructural, las privatizaciones y el ahogo de la deuda externa permitieron la extensión y

⁷ La interpretación del neoliberalismo en clave de racionalidad política remite a Michel Foucault, en las lecciones recogidas en la obra *El nacimiento de la biopolítica*, Fondo de Cultura Económica, México, 2007. El concepto es retomado y resignificado en la actualidad, entre otros, por BROWN, W, *El pueblo sin atributos*, Barcelona, Malpaso, 2016 y LAVAL, C, y DARDOT, P: *La razón del mundo*, Barcelona, Gedisa, 2013.

profundización del reinado de este modo de gubernamentalidad de alcance global.⁸ Como afirma Mauricio Lazaratto, para que el neoliberalismo lograra imponerse como razón del mundo fue preciso derrotar a los sujetos que resistieron el avance sobre sus derechos conquistados a lo largo de décadas de luchas populares.⁹

Dicho de otra manera, en nuestro país el neoliberalismo se impuso de la mano del autoritarismo más cruel.¹⁰ No resulta, entonces, tan extraño constatar que para las próximas elecciones el diputado Milei, quien reivindica como asunto del mercado hasta la venta de órganos para trasplantes, haya hecho alianza con el partido del hijo del genocida, Ricardo Bussi.

La investigación llevada adelante en 2001 sobre el fenómeno del bussismo en la provincia de Tucumán dio cuenta de fenómenos de larga duración respecto de la seducción que diversas expresiones del autoritarismo despiertan en la sociedad argentina, desde su constitución como nación. Una de las dimensiones que se destacaban en los apoyos que Antonio Bussi y su partido tuvieron durante casi 20 años en Tucumán tiene que ver con la cultura política local, sus representaciones de la democracia, sus valores respecto de las formas de la convivencia.

Según la investigación de Alejandro Isla, los límites entre dictadura y democracia no estaban claramente definidos para amplios sectores de la población tucumana de entonces.¹¹ Las prácticas de la clase dirigente democrática revestían fuertes tintes autoritarios, sobre todo en conflictos en los

⁸ Cfr. ROBLES, G, *Neoliberalism at war and the authoritarian turn*, <https://irgac.org/articles>, Última visita 19-05-2023; SADIÉL, M, *El neoliberalismo autoritario y el auge de las nuevas derechas*, Historia Unisinos, Mayo/Agosto 2021.

⁹ LAZZARATO, M, *El capital odia a todo el mundo*, Buenos Aires. Eterna Cadencia, 2020.

¹⁰ En su Carta Abierta a la Junta Militar, el escritor y periodista Rodolfo Walsh, además de denunciar las atrocidades cometidas por la dictadura, advierte que la explicación de semejante terror hay que buscarla en la política económica de ese gobierno que condenó a millones de argentinos al hambre y la miseria. La carta fue repartida en el primer aniversario del golpe y su autor fue asesinado por un "grupo de tareas", mientras la distribuía en plena Ciudad de Buenos Aires. La Carta fue incluida como apéndice en la obra WALSH, R, *El violento oficio de escribir*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 2007

¹¹ ISLA, A: "Los apoyos de Bussi. Valores domésticos, espacios públicos en el presente tucumano" en: SVAMPA, M, *Desde abajo. La transformación de las identidades sociales*, Buenos Aires, Biblos y Universidad Nacional de Gral. Sarmiento, 2000.

que se reclamaban soluciones a problemas urgentes, resueltos, en muchas oportunidades, de manera violenta o vertical. Entre los entrevistados para esa investigación, destaca una mayoría que consideraba a la dictadura como garante de la vida y la propiedad de las personas, mientras que en la democracia crecía la delincuencia y la inseguridad, en ausencia de respeto y autoridad. El orden era entendido como una estructura cerrada, militar; la autoridad era asociada al poder del “macho”, quien tiene en sus manos la fuerza suficiente para inspirar respeto. Respeto que era interpretado como obediencia y sumisión.

En la base de la opción por la figura del dictador estaba la asociación de la democracia y sus instituciones con el caos social, la inseguridad y la corrupción. El problema acerca de la vigencia de los derechos ciudadanos no era considerado prioritario. Por el contrario, se comprendía que esa apelación a los derechos promovía los desvíos respecto del orden anhelado.

Bussi hijo no solamente reivindica la actuación de su padre en la dictadura, sino que también lidera Fuerza Republicana, partido que su padre fundó. Los ejes de la oferta simbólica y programática de este partido han girado históricamente en torno a la reivindicación de lo actuado por Bussi padre durante el terrorismo de Estado, y a propuestas que recurren al disciplinamiento o a la represión para resolver problemas sociales: la reposición del servicio militar obligatorio, la condena a trabajos forzados a reclusos en prisiones para pagar su mantenimiento, el reclamo de la actuación del Ejército para tareas de seguridad interna. No está de más recordar que en las elecciones de los últimos años el bussismo en la provincia viene recuperando terreno. Del 3,6% de votos que obtuvo Fuerza Republicana en 2015, en 2017 ascendió a 15,8% y en las últimas legislativas de 2021 obtuvo un 13.78%. El diputado porteño Javier Milei al que está asociado, en tanto, se alzó con el 17% de los votos en la Ciudad de Buenos Aires en 2021, constituyéndose su partido en la tercera fuerza a nivel local en Tucumán.

Mientras Milei vocifera insultos, en nombre de la libertad de mercado, contra toda expresión política que pretenda proteger algún tipo de derecho,

Ricardo Bussi hace campaña invitando a la población a portar armas libremente para combatir la delincuencia. Estas expresiones antidemocráticas (y en algún punto, anticonstitucionales) son recibidas con aceptación indisimulada por una parte importante de la ciudadanía.

Se podría pensar que estas manifestaciones son excepcionales por la desmesura con la que se presentan. Sin embargo, es preciso preguntarse por las condiciones de posibilidad de su emergencia. En Argentina y en el mundo, discursos y prácticas que hasta no hace mucho tiempo se consideraban por fuera de los pactos democráticos, fueron ganando legitimidad hasta ser naturalizados y normalizados como parte de la oferta política habitual.¹² Expresiones xenófobas, estigmatizantes respecto de los sectores populares, misóginas, condenatorias de los derechos humanos hoy cuentan con micrófonos en los medios de comunicación y son aceptadas como parte de la discusión política.

Las condiciones que hacen posible esa naturalización se vinculan en la actualidad con la extensión y colonización por parte de las lógicas neoliberales tanto en la definición de las políticas económicas que los países deben seguir, como en la configuración de las subjetividades en términos de economización de todas las esferas de la vida.

El neoliberalismo como paradigma dominante

Después de la Segunda Guerra Mundial, el individualismo liberal, que había generado descontento por los niveles inaceptables de desigualdad en el auge industrial del siglo XIX, experimentó importantes transformaciones a nivel mundial. En Europa, la devastación causada por la guerra, junto con la amenaza del comunismo en el Este, impulsaron la implementación de políticas económicas intervencionistas y la creación de sistemas de bienestar social. En este nuevo régimen, el Estado asumió un papel activo en la protección y el bienestar de los ciudadanos, buscando un equilibrio entre los legítimos intereses individuales y la cohesión general de la sociedad. Se trataba de un

¹² MUDDE, C., *La ultraderecha hoy*, Barcelona, Paidós, 2021
Nº 47, V o I. X XII, Julio 2023, www.agoraphilosophica.com

régimen que prometía ser protector de todos, garante de los proyectos privados y generador de las condiciones necesarias para el crecimiento económico, lo que se suponía que traería felicidad y prosperidad.¹³ Se estableció una especie de compromiso por parte de los dueños de los capitales con el Estado respecto a la responsabilidad de otorgar pleno empleo, seguridad y cohesión social. Sin embargo, durante la década de 1970, la crisis del petróleo y el estancamiento económico global marcaron un punto de inflexión en las políticas económicas a nivel mundial. En ese momento, el compromiso por parte de los propietarios y administradores del capital fue abandonado, ya que dejaron de lado su responsabilidad asumida y depositaron el bienestar de los ciudadanos en manos del mercado.¹⁴

Las políticas intervencionistas que habían sido implementadas en muchos países durante la posguerra, como la regulación de precios y salarios, el control de cambios y la protección del mercado interno, comenzaron a ser cuestionadas como una respuesta efectiva a los problemas económicos. En este contexto, los *think tanks* de inspiración neoliberal promovían la idea de que la liberalización de los mercados y la reducción del papel del Estado en la economía eran la solución a los problemas económicos. Se aplicaron teorías económicas que postulaban que la competencia libre y no regulada era la mejor manera de asegurar la eficiencia económica y el crecimiento.¹⁵ Como resultado, se produjo una transformación radical del papel del Estado en la economía, lo que implicó un abandono de las políticas económicas intervencionistas y la promoción de la desregulación de los mercados. Esta transformación tuvo implicaciones profundas en la forma en que se concebía el rol del Estado y la relación entre el individuo y la sociedad.

La redefinición de la función del Estado y la promoción del libre mercado llevaron a una mayor fragmentación social y a la emergencia de una economía

¹³ SADIN, E., *La era del individuo tirano*, Buenos Aires, Caja Negra, 2022

¹⁴ IPAR, E, "Neoliberalismo y neautoritarismo", *POLITICA Y SOCIEDAD*, 55(3), 825-849. Universidad Complutense, Madrid, 2018.

¹⁵ Se suele señalar como origen del programa intelectual neoliberal el Coloquio Walter Lippmann, que reunió en París en 1938 a importantes intelectuales liberales y sirvió de inspiración a Friedrich Hayek para la creación de la Sociedad Mont Pelerin, que impulsaría la difusión de las ideas neoliberales en el mundo occidental.

globalizada que dejó a muchos ciudadanos sin protección y sin recursos. El trabajo perdió su función de ordenador social, y fue reemplazado por el emprendedurismo, lo que implicó el despliegue de una competencia despiadada y condiciones laborales y de vida atroces. La consecuencia de esto fue una decepción generalizada y la pérdida de confianza de la sociedad en relación con los responsables políticos y las instituciones. Esta oscura desilusión ha dejado huellas profundas que funcionan como cimientos de gran cantidad de rencores actuales.

Tras la caída del Muro de Berlín en 1989, el neoliberalismo se consolidó como el paradigma dominante en la política y economía global, al haber derrotado a su adversario y creado la percepción de que no había otra alternativa viable. La globalización, la liberalización económica y la privatización de los servicios públicos se convirtieron en los principales pilares de la nueva organización social y económica. Esta transición estuvo marcada por una ruptura casi definitiva en la confianza en la palabra política, así como en el vínculo entre los individuos y el cuerpo social. Desde entonces, se ha observado una tendencia continua en la misma dirección, acelerándose en su trayectoria hacia la actualidad.

Neoliberalismo autoritario como racionalidad política

En la huella dejada por las reflexiones de Foucault en *El nacimiento de la biopolítica* ya citado, Cristian Laval y Pierre Dardot señalan que no hay que entender al neoliberalismo como una ideología y una política económica acorde a ella.¹⁶ El neoliberalismo es un modo de construcción de relaciones sociales, de modos de vida, de subjetividades. Es la nueva razón del mundo, la racionalidad política a través de la cual comprendemos el mundo y actuamos en él. Sus normas configuran la forma de existencia de las sociedades modernas a través de la generalización de la competencia como modo principal de vínculo entre los sujetos, de la imposición del modelo del mercado en todos los ámbitos de la vida social y de la transformación de los individuos en empresarios de sí mismos. Esto significa que las relaciones con nosotros

¹⁶ LAVAL, C y DARDOT, P, *La nueva razón del mundo*, Barcelona, Gedisa, 2013
Nº 47, V o I. X XII, Julio 2 0 2 3, www.agraphilosophica.com

mismos y con los demás están atravesadas por la lógica del capital. Somos en la medida en que nuestras capacidades nos permiten producir y acumular; y somos con los otros en un terreno competitivo en el que luchamos por alcanzar satisfacción.

El autoritarismo de nuestros días crece al calor de esa colonización del neoliberalismo sobre todas las formas de la vida social. En la medida en que se acrecientan las exigencias sobre los sujetos en tanto empresarios de sí, se debilitan las dimensiones políticas de la ciudadanía en términos de derechos. Se impone, entonces, una comprensión de las relaciones sociales dominada por la competencia, la desigualdad y la celebración del imperio del más fuerte.

Esta colonización de las formas de vida se produce en diversas dimensiones: en lo político a través de la conquista del poder por parte de fuerzas políticas que responden al neoliberalismo;¹⁷ en el aspecto económico a través del auge del capitalismo financiero globalizado; en lo social, a través de la individualización de las relaciones entre los sujetos, en detrimento de los vínculos solidarios y cooperativos; en lo subjetivo, a través del surgimiento de ese nuevo sujeto que se ve a sí mismo como capital humano.

El autoritarismo hoy se presenta con el rostro de la gobernanza neoliberal. Según Wendy Brown, una de las principales consecuencias de la subjetivación del *homo economicus* como empresario de sí es la retracción del *homo politicus*, la retirada del ciudadano del espacio público.¹⁸ El *homo economicus* en tanto capital humano tiene como objetivo mejorar su posición competitiva. Esta tarea desplaza y vacía el ideal de autogobierno individual y colectivo, propio del ideario democrático. Se trata de un sujeto que no es reconocido por sus derechos políticos sino por lo que es capaz de aportar al mercado. A esta configuración corresponde la competencia entre capitales humanos que buscan sacar ventajas sobre los otros como lógica de las relaciones sociales. No es la igualdad afincada en los derechos civiles y políticos lo que define la base de la convivencia en esta configuración, sino una

¹⁷ Esas fuerzas van desde partidos que adscriben al ideario neoliberal y ganan en elecciones cargos ejecutivos o legislativos, hasta la ocupación de lugares clave en el poder judicial, los medios de comunicación, organizaciones económicas, etc.

¹⁸ BROWN, W, *El pueblo sin atributos*, Barcelona, Malpaso, 2016.

desigualdad fundante: quienes cuenten con inversiones suficientes y útiles resultarán ganadores y quienes no demuestren una gestión de sí mismos eficiente están condenados al fracaso. En ese marco, se extiende una actitud de desconfianza y desinterés hacia lo público. Se alienta el retiro de la protección social que proporcionaba el Estado, porque se entiende que los sujetos se construyen a sí mismos a su propio riesgo. Se exige a estos sujetos que procuren lo que antes era garantizado por servicios públicos: en esto consiste concebirse como empresario de sí.

La autora señala que, aun cuando la democracia representativa nunca cumplió con los ideales inscriptos en su nombre, las formulaciones abstractas de igualdad, libertad, fraternidad, a pesar de no haberse concretado, hicieron posible una visión emancipadora, capaz de dinamizar el juego entre dominación, resistencia y emergencia de nuevos derechos. Ese carácter emancipatorio de la democracia queda aplastado por un régimen de gobierno que se presenta, a un tiempo, como blando y total. La tradición que asignaba a los ciudadanos los mismos derechos y permitía construir un espacio público democrático es avasallada por la irrupción de prácticas empresariales que privilegian el gerenciamiento en base a rendimiento y se desentienden de la suerte de quienes no realizan suficientes esfuerzos para ser premiados por el sistema.

La contención de fuerzas antidemocráticas y esta promesa de una realización más completa de los principios democráticos son lo que pone en peligro la racionalidad política neoliberal con su eliminación de la idea misma de *demos*, con el sometimiento del *homo politicus* en manos del *homo economicus*, con su hostilidad hacia la política, su economización de los términos de la democracia liberal, su desplazamiento de los valores legales de la democracia liberal y la deliberación pública a favor de la gobernanza y la nueva gestión.¹⁹

La producción del sujeto como *homo economicus*, como capital humano en competencia permanente por lograr mejores inversiones sobre sí mismo, no

¹⁹ Íbidem p. 164

solo quita a la ciudadanía su espesura política, sino que además obstruye la construcción de vínculos solidarios y diluye la idea de un pueblo que afirma su soberanía política. La competencia por los recursos o por el reconocimiento está en el corazón del modo en que el neoliberalismo configura la vida en común. En este contexto, según François Dubet, cada individuo se preocupa por defender su posición relativa, por distanciarse de quienes están en situación peor o por demostrar mérito suficiente para ser alcanzado por algún beneficio del sistema.²⁰ Desconfianza, resentimiento y falta de solidaridad conforman el abanico de las pasiones que alientan las desigualdades fragmentadas de nuestro tiempo.

Según Brown el neoliberalismo se opone a la democracia, no solamente porque retrae a los individuos a la lucha por la supervivencia y la aleja de todo interés por el espacio público, sino porque en su matriz alberga valores antidemocráticos. La primacía del individuo y la libertad reducida a la actuación en el mercado desdeñan los valores de igualdad, pluralismo y justicia social. Para Hayek este último concepto carece de sentido, puesto que la única justicia concebible es la que emerge del intercambio en el mercado.²¹ La privatización de la vida que el neoliberalismo promueve no afecta solamente a los bienes y servicios brindados por el Estado, con el objetivo de responsabilizar a cada sujeto por la consecución de su bienestar, librado a sus fuerzas y recursos. El afán privatizador invade también el ámbito moral, promoviendo que cada vez más esferas de la vida sean reguladas de manera privada.

La expansión de la “esfera personal y protegida” es también un medio de introducir valores, ordenanzas y reclamos familiares en espacios públicos organizados hasta ahora por leyes y normas democráticas. De esta manera, lo social y lo público no solo son economizados, sino familiarizados por el neoliberalismo: juntos desafían los principios de igualdad, secularismo, pluralismo e inclusión en el corazón de la sociedad democrática moderna (...) Hay que considerar, en este sentido, la campaña, que ya tiene tres décadas, para reemplazar el

²⁰ DUBET, F, *La época de las pasiones tristes*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2020

²¹ HAYEK, F, *Camino de servidumbre*, Madrid, Alianza Editorial, 2011

financiamiento público de la educación por sistemas de vales individuales que permitan a las familias elegir escuelas para sus hijos que concuerden estrechamente con sus valores morales y escapar de escuelas que no lo hagan.²²

Cabe señalar que, en la misma línea, Javier Milei propone actualmente acabar con la gratuidad universal de la educación pública en el país y reemplazarla por un sistema de vales para quienes deseen estudiar.

El imperativo es expandir los ámbitos de la libertad privada a fin de que cada vez menos actividades queden reguladas por normas democráticas de carácter público. De esta manera, los valores familiares, cercanos, correspondientes a los grupos de pertenencia inmediatos se elevan a criterio de juicio respecto de toda conducta. El pluralismo retrocede en favor de estándares cada vez más cerrados en el ámbito de las relaciones inmediatas y particulares.²³

Así, se observa la expansión de una subjetividad marcada por la sensibilidad neoliberal que combina impotencia y resentimiento frente a las condiciones precarias de la vida; desconfianza en las instituciones, incapaces de dar respuestas universales; y la doble privatización en términos económicos y morales. En esa subjetividad arraiga una politización neoliberal y autoritaria que clama por orden y seguridad en un contexto de incertidumbre generalizada.²⁴

Subjetividades autoritarias modeladas en los medios y las redes sociales

El malestar general y la insatisfacción social son retomados por Sadin, quien señala la existencia de dos tipos de resentimiento, uno individual y uno colectivo. El colectivo tiene que ver con este gran número de personas

²² BROWN, W, "Frankenstein del neoliberalismo: libertad autoritaria en las "democracias" del siglo XXI", *Cuadernos de Filosofía Latinoamericana*, Vol. 42 N.º 124 | enero/junio de 2021

²³ El debate, todavía vigente, acerca de la obligatoriedad de las escuelas de dictar Educación Sexual Integral (ESI) forma parte de este problema. La negación de las familias a que sea en el ámbito público de la escuela donde sus hijos/as reciban esa formación muestra el avance de la moral privada sobre la norma pública. En declaraciones recientes Javier Milei afirmó que la ESI es parte de la agenda posmarxista y su propósito es la destrucción de la familia.

²⁴ CATANZARO, G, *Espectrología de la derecha. Hacia una crítica de la ideología neoliberal en el capitalismo tardío*, Buenos Aires, Las Cuarenta y el Río sin Orillas, 2021.

denunciando la desigualdad sistemática que se ven obligadas a soportar pasivamente. Se trata de singularidades incapaces de articular una acción colectiva. El individual hace alusión a un sentimiento interno de múltiples experiencias de decepción que llevan a los sujetos a desconfiar de proyectos colectivos y remitir todo a sí mismo. Esto último genera en cada sujeto la tendencia a concebirse como una totalidad individual, que tiene su propio régimen de creencias y quiere hacer prevalecer su punto de vista.

La desconfianza hacia cualquier tipo de información y en especial hacia las instituciones, que caracterizaba a la sociedad, fue agravada por una serie de sucesos que Sadin relata en *La era del individuo tirano*. El primero de ellos ocurrió el 28 de noviembre de 2010, cuando varios periódicos publicaron titulares escandalosos sobre documentos militares estadounidenses obtenidos por WikiLeaks, un sitio web hasta entonces marginal. A partir de ese momento, el mundo agravó su percepción de los sucesos históricos con desconfianza, y se dio cuenta de que un individuo o un grupo organizado podía amenazar incluso a grandes instituciones, incluyendo a los Estados.

La desconfianza generalizada se vio reforzada por la posibilidad de exponer y ser expuesto que ofrecen y fomentan las redes sociales. La exposición verbal de los usuarios se tradujo en un régimen de opinión, o más bien, de aserciones infundadas, que bajo el manto o la ilusión de algún tipo de participación política solo reflejan la necesidad egocéntrica de la réplica y la exhibición. Este espíritu de desconfianza, desengaño y expresividad colérica se fue agravando con la proliferación de dispositivos y redes a disposición. El hambre de viralidad de los usuarios fue aprovechado por las redes sociales a través del botón "*like*" y el posterior "*share*", que explotan las fibras sensibles del egocentrismo. Se invita a pensar que lo que se tiene que decir es importante y se generan caricias al ego cada vez que aumenta el contador de un botón que al resto de los usuarios nada les cuesta apretar. Al respecto Sadin advierte: "Esta expresividad permite, de modo más o menos maquillado, narrarse a uno mismo ante los ojos del resto, ver que la más ínfima de las propias palabras obtiene marcas de asentimiento nos permite mostrarnos

públicamente en vistas de señalar la excepcionalidad de la propia existencia".²⁵ Todo esto ha generado un nuevo tipo de sociabilidad que promueve la opinión infundada y la complacencia del ego.

La facilidad para publicar y replicar información contribuyó a un desborde de denuncias en una serie de sitios supuestamente alternativos o videos publicados de la misma índole que fomentan el pensamiento conspirativo.²⁶ Debido al libre acceso y publicación que ofrecen las redes se ha pasado de la era del acceso a la información, a la era del exceso. Se ha perdido la exigencia de rigurosidad en el tipo de información que se publica, ha pasado a ser más importante la contundencia y el impacto del mensaje que su fuente. En ese sentido internet ha contribuido a arrastrar a la sociedad a los tiempos de la posverdad, donde la opinión pública tiene más peso que los hechos objetivos.

El ambiente de desconfianza y libre publicación ha creado la oportunidad para que las voces autoritarias saquen provecho de dos maneras. En primer lugar, la falta de fuentes confiables ha llevado a que toda información sea equiparada en estatus. Esto ha permitido que se diga cualquier cosa y se le otorgue validez, independientemente de su fuente, conexión con la historia o los hechos. Como resultado, ideas que alguna vez fueron sepultadas debido a las trágicas lecciones del pasado pueden resurgir en la era de la "libertad" de expresión "igualadora". En segundo lugar, según un estudio realizado por *Cambridge Analytica*, la empresa dirigida por el empresario británico Alexander Nix, "provocar ira e indignación reduce la necesidad de obtener explicaciones racionales y predispone a los votantes a un estado de ánimo más indiscriminadamente punitivo"²⁷. Al combinarse estas dos características, la campana autoritaria ha recuperado su voz, ya que puede enunciar lo que alguna vez se aprendió que no debía ser reproducido. El discurso apela a la fibra sensible de la indignación social en medio de la incertidumbre de la información virtual.

²⁵ Íbidem, p.29

²⁶ Ej: sitios como 4chan.org y diversos canales conspiracionistas montados sobre Youtube.com

²⁷ FORTI, S, *Extrema derecha 2.0*, Madrid, Siglo XXI, p.142.

Estas condiciones permiten la circulación de discursos autoritarios que, en consonancia con una sensibilidad atravesada por el resentimiento y la desconfianza hacia el sistema político, atacan las instituciones democráticas, buscan polarizar la sociedad con temas divisivos, exaltan positivamente la desigualdad y condenan mecanismos de justicia social. En un clima de desencanto, atravesado por la precariedad de las condiciones de vida, estas interpelaciones son interpretadas, en muchos casos, como antisistema, por la promesa del advenimiento de un orden capaz de reponer jerarquías y castigos. La promesa del orden para ser efectiva ante quienes se encuentran precarizados y en la incertidumbre debe ser enunciada de manera tajante y concluyente. En ese sentido, las voces autoritarias son las que tienen mayor capacidad de enunciar afirmaciones de ese modo, pues la violencia y lo determinante son características inherentes a su discurso. Se trata de convencer a quienes se sienten engañados, frustrados y sin recursos que el sistema político fue quien los engañó.

La desconfianza hacia las instituciones y hacia la información oficial ha llevado a muchos oídos a prestar atención a alternativas que les parecen más cercanas a la verdad, aunque se trate de discursos demagógicos, simplistas y muchas veces falsos. Es parte de la estrategia el recurrir continuamente a las *fake news*, cuya efectividad es inversamente proporcional a la pena que sufre quien las publica. La publicación virtual de las ideas o del discurso autoritario, entonces, suele apuntar a las emociones mucho más que a los hechos, pues los algoritmos de las redes no están calibrados para detectar verdades o falsedades sino emociones de los usuarios.²⁸ Así, se explota el desengaño del pueblo a través de la imagen de quien viene a desenmascarar el velo del aparato represor institucional que engaña a la gente. El poder de las redes sociales para manipular la opinión pública y la ilusión de participación política que generan, hacen que muchos ciudadanos creen que están tomando decisiones informadas y racionales al votar por estos candidatos. Sin embargo, en realidad están siendo víctimas de su propia desconfianza y de la ilusión de control que les brindan estas herramientas virtuales.

²⁸ Íbidem, p.222

Además de agravar la desconfianza y romper el termómetro fáctico de la información publicada, la llegada de herramientas tecnológicas como *Google* y los *smartphones* aumentaron en los individuos la sensación de control de las circunstancias y los dotaron de una ilusión de autonomía por tener en la palma de la mano aparatos que resuelven de manera sencilla infinidad de problemas. Esto se vio acompañado de la posibilidad de generar y consumir la imagen distorsionada de uno mismo en las redes que invitan a filtrar lo que se considere feo o defectuoso y a exponer lo que contribuya a la vanidad. Así, se construyeron auto-emprendedores de sí mismos que proyectan una imagen comercial al resto pero que también la consumen y se definen en ella. Entienden que la imagen comercial que han generado y los *likes* que ella tiene dan cuenta efectivamente de lo que ellos son.

Como resultado, se generó una sensación egocéntrica de poder que ha contribuido a la hiperindividualización, pues la posibilidad de acceder a múltiples herramientas y a todo tipo de información virtual, acompañada de la autopercepción inflada de los usuarios, dotaron de la ilusión de poder prescindir de los otros. Entonces el individuo se ha convertido en el principal garante de su propia soberanía, en tanto que es él quien tiene la capacidad de controlar y gestionar sus datos personales y su presencia en línea. El individuo tirano de Sadin es una expresión de esta dinámica, ya que es un individuo que busca afirmarse a sí mismo en un entorno social atomizado y dominado por la tecnología, pero que al mismo tiempo está subordinado a las fuerzas del mercado y su poder.

En este contexto, la soberanía y el poder político de una sociedad que elige a sus representantes en un sistema democrático que tiene la capacidad de tomar decisiones colectivas, se transfieren al individuo. Esta transferencia se debe a la lógica de la individualización fomentada por la tecnología, donde cada individuo se convierte en un microcosmos de decisiones y preferencias motivadas por la sensación de autosuficiencia. Sin embargo, se trata de una autonomía aparente, pues se encuentra limitada por algoritmos y sistemas que manipulan las elecciones a base de la recopilación de datos. Así, el individuo descrito por Sadin, dotado de poderosas herramientas y aparente autonomía,

pero a su vez, desconfiado y encolerizado por el desengaño, se encuentra predispuesto a escuchar voces fuertes que señalan el camino correcto, que desnudan verdades encubiertas e interpelan a quien está enojado y siente que le arrebataron las decisiones que le pertenecen. La desposesión, el desengaño masivo y la falta de criterios de verdad, en un ambiente responsabilizado por el retiro de garantías y seguridades sociales, son el caldo de cultivo en el que hacen emerger la categoría apolítica una serie de individuos incapaces de anudar lazos duraderos.

La categoría apolítica refiere a un movimiento extendido que no depende de un proyecto deliberado, sino que proviene del aislamiento mutuo de los individuos que, instados por su enojo a descargar opiniones infundadas, instauran una lógica amigo-enemigo, un clima de violencia en el que no existe la posibilidad de entendimiento común. En este escenario, al no haber un punto de referencia identificable, se puede hacer reinar voluntariamente la inestabilidad permanente. Así, el panorama contribuye a la despolitización, la desconfianza en los proyectos o resistencias colectivas y la imposibilidad de imaginar una sociedad en común.

Como el ego de los sujetos se encuentra manipulado e hinchado, las quejas de estos responden a intereses particulares. No se trata de reclamos o participaciones políticas en las que se exige justicia, igualdad, derechos o condiciones de vida, sino más bien de escenarios aislados y catárticos o berrinches personales de una ira explotada y desviada. Así, se ha vuelto el “abc” de la estrategia autoritaria reunir esas distintas y desorganizadas expresiones de enojo de los individuos atomizados a través de posteos infundados que sólo buscan resonancia, para de ese modo capitalizar el enojo que las lógicas neoliberales han construido.

Recuperar el *ágora* (y disputar el sentido de la genuina “libertad”)

En las expresiones más extremas del neoliberalismo en nuestros días se recupera (a los gritos) el término libertad, en una irónica vuelta nominal a aquello que se anhelaba alcanzar con la democracia recién estrenada en 1983.

Sin embargo, no se trata de la misma libertad. En los momentos políticamente más activos y brillantes de ese recorrido de 40 años, la ciudadanía luchó por la ampliación de una libertad que, con Skinner, podemos llamar republicana.²⁹ Se trata de la libertad como no dominación, que supone el principio según el cual un individuo no puede ser libre en una sociedad que no lo es; que supone que en la medida en que se amplían los derechos de más sectores, el individuo y la comunidad devienen más autónomos. En los períodos más apáticos, en los cuales la desconfianza y el desencanto respecto de la política ganó los ánimos ciudadanos, el reclamo se ha centrado en una libertad de elección garantizada por el mercado. La disputa por el sentido de la libertad es la disputa por el proyecto político que se persigue. La libertad hiperindividualista administrada por el mercado que el neoliberalismo promueve no solo produce fragmentación y segmentación social, sino que es incompatible con la democracia. Es la misma libertad que se expresa en los discursos de odio y en la autoafirmación del individuo tirano promovida y agravada por las redes. En ese sentido Sadin se refiere a una necesidad catártica que marca esta época y que aparece en diversas actividades: la vida familiar, los esparcimientos, el consumo. Esa catarsis “instituyó una cultura de la humillación que no solo se regocija con la infelicidad del otro, sino que glorifica a quienes abusan de tales conductas erigiéndolos, dentro de ciertos círculos, como los héroes insolentes de la iconoclasia contemporánea”.³⁰ Esta marea de insultos es conducida, encauzada y explotada por las redes sociales a través del deseo de expresión de descontento:

Vivimos el pasaje del estadio de la libertad de expresión (*free speech*) – emanación del individualismo democrático basado en el derecho de cada cual a hacer valer sus opiniones dentro de un orden común- al estadio de la sobreafirmación de uno mismo, que llega al punto de negar todo fundamento a palabras contrarias, y que toma forma, hoy cada vez más frecuente de un discurso del rechazo y el odio, un *hate speech*. El

²⁹ SKINNER, Q, *Liberty before liberalism*, Cambridge, CUP, 1988.

³⁰ SADIN, Op. cit, p.221

registro del odio se convirtió poco a poco en un régimen habitual, particularmente en Internet, desde comienzos de los años 2010.³¹

El recrudescimiento de los apoyos a estas formas de neoliberalismo no solo significa un desplazamiento a la derecha de las opciones políticas, sino que se avizora, en su avanzada, una amenaza a los principios más elementales de la democracia; se trata de la expresión contemporánea de una forma del autoritarismo.

¿Cómo hacer frente a esta amenaza? Una mirada más sobre estas décadas de la democracia argentina muestra que, a la par de los avances y retrocesos respecto al acceso de la población al goce de sus derechos, en momentos en que esas garantías se vieron amenazadas o anuladas, los sectores afectados se movilizaron para su defensa. Y no solamente en defensa de intereses sectoriales, sino también cuando la democracia o principios asociados a ella fueron asediados por el poder fáctico. Desde la movilización en Semana Santa de 1987 ante la rebelión carapintada, hasta las masivas manifestaciones en contra de la conmutación de pena a los genocidas en 2017, se verifican numerosas oportunidades en que la ciudadanía acudió a las calles para reclamar sus derechos o para defender el modo de vida que eligió sostener luego de la oscuridad dictatorial. Los derechos conquistados en estos años, por lo general, no han venido de la mano de dejar actuar a las instituciones tradicionales de la democracia representativa, sino de la participación popular expresando, de maneras diversas, sus reclamos en la calle o en ámbitos no formales. En todo caso, las instituciones formales se vieron obligadas a responder a esos reclamos frente a la contundencia de la ocupación del espacio público.

Esta vigorosa “democracia de la calle” ha posibilitado una ampliación del espacio público.³² Al mismo tiempo contribuyó a instalar la política fuera del espacio estatal.³³ Estas prácticas posibilitaron la visibilización de grandes

³¹ *Íbidem*, p.220-221

³² ROUQUIE, A, *A la sombra de las dictaduras*, México, Fondo de Cultura Económica, 2011.

³³ GRZYBOWSKI, C, “Democracia, sociedad civil y política en América Latina: notas para un debate”, en PNUD, *La democracia en América Latina. Hacia una democracia de ciudadanos y*

colectivos históricamente invisibilizados por las estructuras de poder dominante y abrieron al espacio público tópicos, relaciones y derechos tradicionalmente relegados al ámbito de lo privado o sectorial, posibilitando que se conviertan en objeto de acuerdo y regulación política.³⁴ Ante el avance de nuevas formas de autoritarismo legitimadas por la racionalidad neoliberal, se destaca el potencial creador de la actividad de la sociedad civil para recuperar la densidad que supone para la ciudadanía democrática el reconocimiento de derechos.

Recuperar el *ágora* como espacio de encuentro, de manifestación, de creación colectiva parece ser un modo de reponer a la política como herramienta de transformación, como esfuerzo colectivo por dotar a la democracia de espesura participativa e igualitaria. Al mismo tiempo, es un modo de hacer frente a un neoliberalismo autoritario que rechaza la política y pretende reducir la vida social a mera competencia por la supervivencia. El desafío de las luchas venideras pasa por la defensa de una libertad entendida como acceso a derechos más amplios e inclusivos, para combatir el avance de una subjetividad reducida a mera libertad de mercado.

Consideraciones finales

La sombra del autoritarismo ha amenazado nuestra democracia desde su recuperación en 1983. El triunfo de líderes políticos asociados al pasado dictatorial, la inequitativa aplicación de la ley, el encarcelamiento sin juicio justo, las represiones y una cultura política que enaltece la jerarquía y el mando han sido algunas de sus manifestaciones. En la actualidad, el autoritarismo se arraiga en los modos en que la racionalidad neoliberal domina los vínculos y configura los sujetos. Pensar el hilo que enhebra estas expresiones autoritarias conduce a reflexionar acerca de las condiciones que las hacen posibles. Esas condiciones tienen que ver con la precariedad de las vidas, en la cual los sujetos se encuentran librados a sus fuerzas, en situaciones para las cuales no

ciudadanas. Contribuciones para el debate, Buenos Aires, Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, 2004.

³⁴ Ampliaciones de derechos como los contenidos en la Ley de Matrimonio Igualitario o la Interrupción Voluntaria del Embarazo, son algunos ejemplos de conquistas impulsadas por la demanda y manifestación popular en las calles.

encuentran en las instituciones respuestas a sus necesidades y demandas. En el marco de un modo de habitar juntos que se apoya en la desconfianza y la sospecha, la apuesta por la democracia como modo de organizar la vida en común parece flaquear. El desconcierto, el enojo y la pérdida de un criterio de verdad como norte han permitido no sólo que se puedan volver a enunciar ideas autoritarias sepultadas por la historia; también han logrado confundir la rebeldía que caracteriza a los jóvenes con un enojo que fue capitalizado a través de las redes por discursos de odio y consignas antiderechos. En ese sentido, Forti expresa "...los discursos de la extrema derecha 2.0 que la convierte en un movimiento que muchos de sus simpatizantes, sobre todo entre los jóvenes, perciben como rebelde e incluso antisistema."³⁵

Es en ese contexto en el cual se diseminan las manifestaciones del autoritarismo, en las figuras militares de ayer o en la gobernanza neoliberal de hoy. En ambos casos, la promesa de un orden que reponga jerarquías, merecimientos y condenas gana terreno frente a la incertidumbre de los titubeos institucionales.

Así como la reactivación de los juicios contra los genocidas permitió en su momento un retroceso importante del partido de Bussi en Tucumán, es preciso construir estrategias capaces de resistir y combatir el avance del autoritarismo de la mano del neoliberalismo imperante.

El desafío pareciera consistir en recuperar la dimensión de los derechos ciudadanos como el punto innegociable a partir del cual sea posible establecer cualquier otra demanda a los poderes dominantes. Desmercantilizar las relaciones, construir solidaridades, advertir la trampa que encierra la carrera por un éxito tan efímero como frágil, son las primeras acciones necesarias para deconstruir la lógica de dominación que oprime el presente para generar, a partir de allí, espacios de resistencia. Espacios que solo serán alternativos en la medida en que ellos mismos se construyan horizontalmente, que persigan la igualdad como su presupuesto y su meta.

³⁵ FORTI, Op. cit., p.100